

IRIS



NUM 133

BARCELONA, 30 NOVIEMBRE 1901

25 CENTS.

Ayuntamiento de Madrid



1
Mi salida del seminario, con dos *meritisimus*, uno en Teología y otro en Cánones, fué—y lo digo sin vanagloria—nn acontecimiento.

Los compañeros de clase acudieron á la estación á despedirme y el Padre Rector me regaló un manto nuevo, primoroso.

Cuando llegué al pueblo mi tía no sabía dónde ponerme; se llenó la casa de visitas de enhorabuena y el señor Vicario—santo varón á quien Dios terga en su gloria—vino en persona á felicitar me.

Educado en la severa estrechez monástica, hecho á la soledad de sus claustros imponentes y silenciosos, lleno del ambiente de paz de aquel oratorio recogido, en mis ojos perduraban las divinas visiones de los altares y mis oídos tenían fresco el rumor cadencioso de los psalmos. Mi alma, soñadora y amante, se regalaba con místicos anhelos; en los libros devotos, historias de misioneros y vidas de mártires despertaban en mí voluntarios ayunos; y, al anochecer, la poesía melancólica del *angelus*, me adormilaba con unción devotísima.

¡Oh, gloriosa *Virginum*
sublimis inter sidera!...

Estaba mi tía en sus glorias, viéndome tan en buen camino del sacerdocio; y en aquel caserón inmenso, que cogía una manzana entera, mi voluntad mandaba en jefe.

Desde el oratorio, lleno de flores y de suspiros, hasta el vistoso patio andaluz, donde las criadas jóvenes cantaban sus poemas de celos afrieavos, mis caprichos de colegial no hallaban entorpecimiento alguno.

Llevaba una vida de paz y de sosiego, libre de mundanas tentaciones, con el solo trato de libros devotos. Me levantaba al clarear el día y, con el *Kempis* abierto, salíame al patio, á gozar del soberano amanecer. Al sentirme llegar, un cloqueo alborotador hendía los aires; y pollos y gallinas dando aletazos, como tumbones que se desprecen, correteaban á mis pies. Los conejos, arrastrando sus lomos escurridizos, restregaban el hocico contra mis botas; y, arrullando entre el jaramagal de las tejas, los palomos me daban sus buenos días. En los patios de la vecindad, cantaban los gallos madrugeros, y se oía el reclinarse de las garruchas y la zambullida de las cubetas en el agua de los aljibes... Yo rezaba mirando al sol.

Luego, á la tarde, me asomaba un rato á la puerta. Este venía á ser mi recreo. Veía pasar á los señoritos, muy pagados de sus corbatas de color, mirándose las botas recién lustradas y echando, con jactancia, el humo de sus cigarrillos. Cuando pasaban frente á algún balcón, donde las muchachas se reían entre macetas, se quitaban los sombreros muy galantemente. Viéndolos se me iban los ojos detrás...

Las pobres lavanderas, cargadas con bultos enormes, subían fatigosamente calle arriba. Cuadrillas de jornaleros guisaposos, azadon al hombro y con el sombrero hacia atrás, manchaban las pulidas aceras con el barro de sus abarcas, y los vendedores de alcubuciles canturreaban pregonos extraños.

Frente á mi casa, vivía el registrador, y en el cierre de cristales, blanca y enlutada, como una Dolorosa, su hija leía un libro forrado en azul.

Al volver cada hoja, levantaba su cara pensativa, mirando á la calle. Yo veía sus manos anastocráticas y el delicado temblar de sus pulseras con dijes. Los macetones de laureolas rozaban el sedoso pelo rubio con sus finas hojas verdes; y el talle, delicado y señoril, se combaba en la más graciosa apostura.

Alguna vez me sorprendían mirándola; y entonces, sus ojos relumbaban dulcemente y sus ojeras azules parecían más grandes. Cuando ya se iba la luz cerraba el libro; y sobre la negra falda, aquel como azul parecía adormilado, como un chiquitín en el regazo de su madre. En aquellos minutos del anochecer, a la media luz del crepúsculo, teniendo frente a mí una visión de mujer joven y melancólica, mi sangre se encendía con ardores extraños; y mientras mi pensamiento, aferrado a los amores del Señor, soñaba con la paz de otra vida más pura, el temblor de mis labios rompía, sin querer, en besos al aire. Entonces, avergonzado de mí mismo, íbame a refugiarme en el oratorio. Allí, al amparo de aquella soledad piadosa, daba largos suspiros de arrepentimiento; rezaba, en alta voz, por el perdón de mis culpas; y, escuchándome, recobraba la quietud con el silabeo de mis oraciones.

Repuesto ya y como tenificado, cenaba con mi tía, en un patriarcal mutismo. Y, á poco, íbame á acostar, lleno de turbaciones y con el temor de las horribles pesadillas, que solían atacarme después de media noche.

11

Un día, con no sé qué motivo, la señora del registrador y su hija fueron de visita a mi casa. Estábamos mi tía y yo de arreglo de baules, y dos azafates, llenos de ropa blanca, extendían por la habitación su aroma de salubrerío. En esto, la campanilla del portón sonó alegremente y yo salí a abrir. Por el enrejado de la cancela, vi las aviosas plumas de dos elegantes sombreros; y la gallarda figura de la niña del registrador, aseñorada con un abrigo largo, me dejó sin habla. ¿A qué venía? ¿Por qué me sonreía a través de la cancela? ¿Por qué me miraba de aquel modo tan risueño y tan adorable? Abrí y, por la primera vez de mi vida, gusté la suprema emoción de apretar una mano de mujer hermosa.

Salió mi tía á atender visita tan honrosa, las besó y se sentaron. Las pidió mil perdones por recibir las de aquella manera, algo ordinaria; pero el tragin de una casa como la suya tenía sus contras. De allí á dos días comenzaba la novena á San José, y mi tía, en su calidad de presidenta, corría con las ropas de altar, que mostraban sus limpios encajes sobre los azafates de bote en bote.

La niña, entonces, miró á aquella montaña de ropa; y viendo mi beca azul, nueva, flameante y doblada como un corbatín de señora, preguntó, entre cnriosilla y coqueta:

—Y esa beca, ¿de quién es?

—¿De quién ha de ser? —dijo mi tía.— De éste.

—¿Pero usted... estudia para cura?—insistió, mirándome y como complaciéndose en mi turbación.

—Digo, digo. ¡Y yo que creía que estaba para casarse!

Tomó mi tía la palabra é hizo historia de mi vocación, contando, punto por punto, lo celebrada que ora en el Seminario y el honoroso porvenir de fama y de gloria, que Dios, sin duda, me preparaba. Yo, como habíaban de mí, creí muy del caso bajar la vista al suelo. No veía más que el pie de *ella* y un poquito de su falda; pero bastóme con esto para echar a volar mi fantasía y formar castillos [en el aire.

Cuando volví en mí, porque la registradora y su niña, ya de pie, me dijeron adiós, había ido tan allá en mis sueños de despierto, que tuve una realidad dolorosa. Ya había ahorcado los hábitos, me había casado con ella y había sacado de paseo a *nuestro* chiquitín. ¡Oh, dolor! Todo vino a tierra en un segundo, y, cuando se cerró la cancela tras ellas, creí que se me cerraban las puertas del cielo.



Aquella noche Dios me tocó en el corazón. Leía yo en el *Kemvis*: «No hay más amor que el de Jesús...» y tomé una resolución enérgica.

Con el achaque de hacer unos ejercicios en honra y gloria del Santo Padre Agustín, finíe al cortijo de mi tía, lugar apartado, en el rincón de la sierra de Archidura.

Allí, en una penitencia tóbica, purifiqué mi espíritu; y con la sana vida cortijera, entre bocanadas de aire campín y largos paseos por el olivar, entoné la salud del cuerpo, que ya había comenzado a descarriarse...

III

Llega el punto de mi historia más doloroso. Pero os lo he de contar sin el menor extravío, ya que en él, el alma tuvo una feliz victoria sobre la carne.

Ya recién ordenado, mi tía revolvió ciclos y tierras y no paró hasta proporcionarme la tenencia de una parroquia en Granada.

A poco de instalado allí, vino el sacristán una mañana, avisándome para un bautizo.

Fué esta mi primer ceremonial, aparte de la misa que ya había oficiado varias veces.

Me conmoví hondamente, cuando, al cruzar de óleos al recién nacido, oí su doliente gimoteo

Lo besé con las lágrimas saltadas.

Al llegar á la sacristía, mientras el encargado de los libros parroquiales hacía el asiento, los padriños se empeñaron en obsequiarme, llevándome con ellos al refresco que tenían preparado.

Nos pusimos en marcha, y, escoltados por grupos de chiquillos roñosos, que pedían dineros, llegamos á la casa. Un hombre, el padre de la criatura, salió á recibirnos, sonriéndose con sus pulidas barbas de oficinista. Me suplicó que entrara á ver á la parturienta, la cual tenía empeño en besarme la mano.

Entre el cortinaje de la cabellera despeinada, ella, la hija del registrador, asomaba su cara fatigosa de recién parida. Tenía las miradas inciertas, por la miopía de la debilidad, y sus largos dedos finos se afanzaban á la colcha de seda azul. Extendí la mano temblorosa y sentí un beso caliente, fuerte, de pasión. Luego, alzando hasta mí su cara de fatiga, me dijo: «—¿Pero es usted? ¡Estaría de Dios! Y, dando un suspiro, se dejó caer en la almohada.

Sali á la calle ya bien de noche. Corría un vendaval furioso y comenzaba á llover. Anduve hasta llegar á una iglesia, y ante su puerta roída y llena de clavos en flor, me arrodillé, triste, confuso, doliente... A lo lejos sonaba un piano.

CRISTÓBAL DE CASTRO

SANMARTIN Y AGUIRRE

Pertenecía nuestro malogrado amigo á la generación que surgió á raíz de la revolución del 68, y fué uno de los que conservaron siempre todo lo noble y generoso de los sentimientos que la informaron, sin descender jamás de sus idealismos á lo que se han llamado las impurezas de la realidad.

No es que fuese hombre político, por más que tuviese firmes y arraigadas convicciones; lo que queremos decir es que se conservó siempre fiel al espíritu de aquella época, apareciendo como un superviviente de la modalidad literaria que la caracterizó. Idólatra de su patria, Valencia, fué uno de sus poetas predilectos y de ella recibió sus más vigorosas inspiraciones, ocupando un lugar, aunque modesto, por todos reconocido en la pléyade de Querol, Llorente, Llombart, Labayla, Pizcueta, Boix y tantos otros ilustres ingenios gala de la ciudad del Turia.

Sus primeras poesías castellanas, como la colección titulada *Camelias* revelaban la influencia de Selgas, pero sucesivamente fué adquiriendo personalidad propia, y así le vemos en *Jagants y nanos*, neta y castizamente valenciano.

La característica del poeta era el ingenio, unido á una peregrina cultura en la frase y á una versificación fluida y siempre agradable por su limpieza y corrección. No se remontaba á las altas esferas, pero jamás cayó en lo pedestre y chocarrero; aun en sus poesías populares, entre las cuales hay que citar con singular elogios los típicos *Colloquis* valencianos, se man-

tiene siempre sobre el nivel de lo vulgar, flotando imaculada la poesía sobre la materia del asunto, y en sus *Epigramas*, modelo de gracia en su mayoría, brilla el más delicado aticismo, sin incurrir nunca ni por asomo en la más leve inconveniencia.



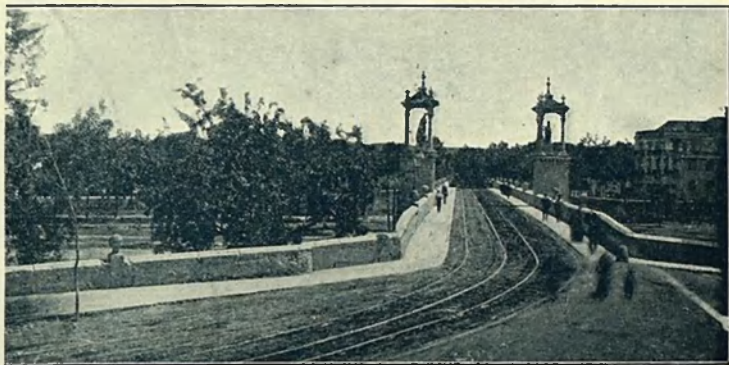
En suma, poseía Sanmartín y Aguirre lo que se llama el *buen gusto*, en notable grado, y de ahí que gozase de extraordinaria estimación por parte de las personas dotadas de igual facultad. No solamente en España sino en toda la América española eran saboreadas con fruición sus composiciones, que se apresuraban á reproducir los más acreditados periódicos y revistas de aquellos países.

En sus artículos procuraba encerrar siempre una lección moral; algunos, sin embargo, son pura expresión de un sentimiento, siempre delicado y profundo, no siendo éstos los menos estimables.

Sumamente ilustrado, apasionadísimo por las letras, llegado á la categoría de *Mestre en gay saber* y rodeado de universales simpatías hacíase querer sobre todo por su carácter franco é ingenuo; tenía alma de niño y afectáble por lo mismo con igual intensidad las alegrías y los dolores, pues no le faltaron bondas penas que acibararan su existencia.

Illemos hablado de su pasión por las letras, y debemos manifestar respecto á este punto que pocos escritores se interesaban tanto como él por el movimiento literario, ni tomaban con tanto interés todo lo referente al mismo. Gozaba Sanmartín con el triunfo de los demás como con el suyo propio y experimentaba sin igual satisfacción cuando podía ayudar á algún joven de verdadero mérito á darse á conocer, de tal manera que no son pocos los que deberán sentir profundamente su muerte. Cuantas veces ejerció la crítica, lo hizo para proclamar las excelencias de una obra, jamás para zaherir ni regatear; no estaba eso en su temperamento.

Sus ambiciones, como se comprenderá eran modestas; un poco de gloria, el aprecio de sus compañeros y la aprobación de los maestros le bastaban. Pocas satisfacciones, por lo tanto eran comparables á la que experimentaba cuando conseguía algún público triunfo, como por tres veces obtuvo en los



VALENCIA: EL PUENTE DEL REAL

certámenes del *Rat Penat*. Mezclábase en ello su legítimo orgullo de poeta, y en no menor proporción su amor vehemente á Valencia, y no menos colmadas quedaban sus aspiraciones cuando al publicar un libro merecía los elogios de la crítica. Con tales antecedentes puede formarse idea de su hermoso corazón, pero hay que añadir además que procuraba, al escribir, hacerlo con la más delicada conciencia; pocos saben lo mucho que estudió la literatura lemosina para poder escribir bien en valenciano.

Dichoso en medio de todo, el que como él, muere sin dejar más que grata memoria, llorado de cuantos le trataron y con la conciencia tranquila por haberse conducido siempre recta y lealmente como hombre y como escritor.

¡Descanse en paz nuestro malogrado amigo!

ALFREDO OPISSO



¡NO ME CANSA EL COSER EN BLANCO, SINO LA VIDA! Cuadro de C. Calthrop

Hay en la villa y corte
una cervecería
que, en vez de camareros,
es servida por chicas
muy bellas y elegantes
y un tanto presumidas,
que el ciclo de sus caras
en los espejos miran.

Por ser de muy buen tono,
concurren noche y día

Café sin gotas

en que voy siendo viejo,
y no gasto saliva
en requebrar beldades
y decir tonterías
impropias del que harto
está ya de la vida,
sirviome una muchacha
desdeñosa y altiva
café sin gotas.

Luego
de apurar la bebida



al establecimiento
personas distinguidas:
literatos, poetas,
políticos, artistas,
y gomosos que pasan
felizmente la vida
derrochando dinero
y soñando en conquistas.

Las lindas camareras,
con suma cortesía,
escuchan gratamente
las mil galanterías
conque la gente joven
sus oídos cautiva,
y en pago á sus bondades
y á no mostrarse esquivas,
logran por recompensa
propinas y sonrisas.

Al establecimiento
citado más arriba
fuí una vez, y sin duda,
porque repararía

sin protestar del caso,
leí cierta revista
ilustrada, y llamando
después á la lindísima
camarera, la dije:
—Oiga usted, señorita.
¿Aquí no sirven gotas?
y contestóme arisca:
—No acostumbro á dar gotas
como no me las pidan,
—Está bien,—la repuse—,
cobre usted en seguida.
Pero yo procediendo
con la lógica misma
que para su uso gasta,
tenga presente, niña,
que si no me la piden
tampoco doy propina.

J. F. SANMARTÍN Y ARCE



A CRISTIANOS A LAS FIERAS: cuadro de Koenig

LA CAZA DEL NOVIO

—Desengáñate, hija mía; las muchachas de ahora no servís para nada, ni tenéis eso que se llama *gancho* para dar caza al soltero más empedernido.

—Pero, mamá, si yo hago todo lo que puedo por tener un novio, porque, la verdad es que tengo tantas ganas de *cassos* como la que más, y nada, ¡no se me acerca un hombre ni á tiro de obús! ¿Por qué es eso?

—Eso es, porque tú no sabes *manejar el trapo*; y has de saber que en amores como en toreo, todo es cuestión de muleta, hija mía.

—¡Ay, mamá, los hombres de ahora están muy escamados y no acuden aunque se les llame con toda clase de engaños!

—¡Qué equivocada estás, Filomena! Vamos á ver: ¿cuántos años tienes?

—No lo sé, mamá.

—¿Cómo que no lo sabes?

—¡Claro! Porque tú me has dicho muchas veces que lo primero que debe olvidar una mujer es la edad que tiene.

—Bueno; pero eso es para los extraños, no para tu madre.

—¡Ah!

—Tú naciste el año setenta; es decir que tienes...

—¡Calla, por Dios, mamá, que las paredes oyen!

—No temas. Eso solo ocurre en las comedias. Tienes, pues, treinta años cumplidos; pero como eres guapa y estás bien conservadita, te puedes muy bien *suprimir* once años, quedándote en los diez y nueve, que es una edad muy atractiva para los hombres.

—¿De modo que para el mundo solo tengo diez y nueve años?

—Ni uno más.

—No se me olvidará.

—Ahora hablemos de otra cosa. ¿Te has fijado en los huéspedes que tiene doña Jirnalda, la viuda del tercero?

—Sí; un perito mercantil, andaluz, de treinta años, huérfano de padre y en vísperas de heredar á una tía suya que reside en Villar del Arzobispo, y está para morir de un momento á otro. Un empleado en el Ministerio de Agricultura. Tiene doce mil reales de sueldo, y en breve ascenderá á catorce, porque le protegen los Pedales, y además se parece mucho á Mariano Catalmo. El otro huésped de doña Jirnalda es un segundo teniente de caballería. Tiene veintidós años y el sueldo pelado, y hace el número 17,644 en el escalafón de su clase.



—Pues, hija mía, renuncia al empleado y al militar.

—Entonces me dedicaré á la conquista del perito mercantil.

—Bueno; pero no hagas nada ni le dirijas miradas ahora, hasta que yo escriba á Villar del Arzobispo, preguntando por el estado de su tía, porque si esa buena señora no se muere pronto, no es cosa de que vayas á malgastar el tiempo con la coquetaría para dar caza al cualquiera otra colocación que se te pudiera presentar.

—Bien, mamá.

Aquel mismo día se supo que á uno de los pisos de la casa se había mudado un Comandante de Ejército, joven, rico, guapo y soltero. Al conocer la noticia, todas las muchachas solteras de la vecindad, que eran doce ó catorce, comenzaron á poner en juego todos los resortes de la coquetaría para dar caza al apuesto hijo de Marte, el cual era una verdadera ganga para cualquiera muchacha en expectación de marido.

Así que la madre de Filomena estuvo en antecedentes, llamó á ésta y le habló de este modo:





—¡Hija mía, tienes un novio en puerta, que es un partido de lo poquito bueno que se ve hoy en día, y es preciso que le des caza á toda costa, si no quieres que otras más avivadas que tú lo conquiste. Yo te ayudaré con mi práctica y mis consejos; pero es preciso que tú pongas algo de tu parte para que no se te escape.

—Descuida que no se me escapará,—contestó Filomena.

Dos días después ya estaba la buena señora en campaña, comenzando por hacerle amiga del asistente del Comandante, el cual interrogó con toda la maña propia de una madre que aspira á suegro.

Las noticias que el asistente le comunicara, no pudieron ser más gratas ni más favorables para la completa realización de los planes unidos por madre é hija. El Comandante, según confesión del asistente, era soltero, estaba próximo á ascender al empleo superior, y venía á Madrid á evacuar ciertos asuntos relacionados con una cuan-

tiosa herencia. La bella Filomena se asomaba todas las mañanas á su balcón, luciendo aquel precioso traje verde musgo que tanto llamara la atención en Recoletos durante el verano último. El Comandante, á quien la chica no dejó de hacer gracia, se asomaba al suyo, y ambos dejaban pasar las horas en mútua contemplación, hasta que ella, con estudiada coquetería, se retiraba del balcón, cuando comprendía que el militar iba á *romper el fuego*.

La mamá, que por su parte no perdía el tiempo ni muchísimo menos, consiguió hacerse amigo del joven Comandante y que éste las visitase.

El día de la primera visita, Filomena se emperregió con sus mejores galas; se empolvó el cutis algo más que de ordinario; arquéose las cejas con un corcho quemado, y se pronunció un poco más que de costumbre ciertas curvas con suplementos de algodón en rama, hábilmente distribuidos en aquellos sitios donde la naturaleza había tenido imperdonables omisiones.

Su madre tomó la palabra y dijo:

—Yo no sé como ustedes, los militares, se atreven á vivir solteros, sin tener quien les cuide, quien les asista en sus enfermedades...

—Diré á usted...—objetó el Comandante.

—No; no se disculpe usted ni trate de defender el celibato.

—Pero si yo...

—Los militares tienen fama de ser buenos maridos, por aquello de estar acostumbrados á la obediencia. A mi niña le tira mucho la tropa.

—¡Hola!

—Sí, señor; hace dos años, cuando apenas había cumplido los diez y siete, tuvo relaciones con un chico muy guapo que dijo ser general de brigada y luego nos resultó corneta de la guardia civil.

—¡Qué barbaridad!

—Después, la pretendió un chico, segundo teniente de la escala de reserva; pero yo me opuse á tales relaciones, porque, la verdad, para poca salud vale más nada.

—Es claro.

—A mí me gustaría para yerno uno que ya fuese jefe, á fin de que mi niña fuese plaza montada.

—Bien pensado.

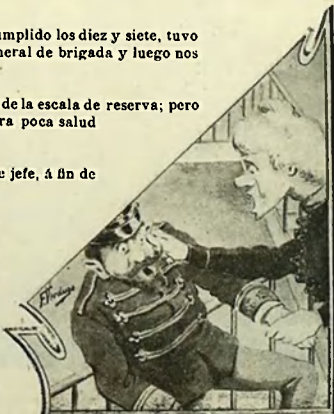
—Mire usted, no es que mi Filomena tenga bienes de fortuna, ni siquiera un tío en América á quien heredar, porque su difunto padre solo pudo dejarle un nombre inmaculado y una flauta, que era el instrumento que tocaba.

—¡Ah! ¿Su esposo de usted era músico?

—Sí, señor; primer flauta del teatro de la Zarzuela.

—¿Y de qué murió?

—De un berrinchin. Verá usted: una noche en el teatro tuvo una cuestión con el bombo, que era conchudo del violín segundo y además bizzo. Mi marido, que aunque tocaba la flauta, tenía muy mal genio,



se tiró al bombo con ánimo de sacarle los ojos; terció en la pelea el *coja*; acudió en auxilio de éste el *segundo trompa*, intervino el fagot, y por último mi marido salió del combate con un ojo de menos y unos cuantos chichones de más.

—¡Pobre señor!

—Pues, como decía a usted; mi Filomena es una alhaja; no hay otra que la iguale a mañosa. Su especialidad son las ocupaciones domésticas. ¡Si viera usted como guisa!... ¡Si viera usted como plancha!

—¡Hola!

—Sí, señor; le saca a usted los rizos de cuatro ó cinco maneras; con los riñones hace maravillas; con el hígado realiza primores... Pues ¿y en cuestión de traje? ¡Un asombro! ¿Ve usted esta manteleta que llevo puesta? Pues me la hizo de un chaleco de su difunto padre. ¡Ay, señor Comandante, el que se lleve esta alhaja no sabe el tesoro que se lleva!

—Lo creo.

—Cuatro días más tarde, á eso de las diez de la mañana, cuando la madre de Filomena volvía de la compra, en la escalera de su casa encontró al Comandante que bajaba precipitadamente.

—¿Dónde va usted tan de prisa?—le preguntó.

—A Málaga. Acabo de recibir un telegrama en el que se me dice que mi esposa está de parto...

—Pero ¿es usted casado?

—Sí, señora.

Al oír esto, la buena señora, arrojando lejos de sí la cesta de la compra, se abalanzó como un tigre sobre el Comandante, y seguramente hubiera ocurrido allí una hecatombe, sin la feliz intervención de un aguador que subía en aquel momento y libró al militar de las uñas de la que aspiraba á ser su suegra.

MANUEL SORIANO

PANTEON DE LA SOCIEDAD ESPAÑOLA DE BENEFICENCIA EN TALCA (CHILE)



PANTEON DE LA SOCIEDAD ESPAÑOLA EN TALCA

Como tantas otras colonias hispanas de la América latina, es la de Talca un modelo de patriotismo, y de ahí que desde el año 1882 exista en aquella ciudad una Sociedad Española de Beneficencia, cuyos fines son proteger al indigente, siempre y cuando este sea español. El número de socios con que cuenta hoy dicha institución es de 195, y pensando en la conveniencia de poseer un Panteón para enterramiento de los hijos de la misma patria procedió en 1897 á la construcción del que reproducimos hoy en estas páginas, según fotografía que debemos á la galantería de un apreciado suscriptor.

Talca ó Talcalmano es el puerto de la ciudad de Concepción, como Valparaíso lo es de Santiago ó el Callao de Lima. Para ir de la Concepción á Talca se emplea el ferrocarril, que recorre en veinte minutos la distancia que separa la capital del puerto. Talca es una bonita ciudad colonial, muy linda, de aspecto pintoresco y algo arvejado, pero que progresa con suma rapidez. La mayoría de las casas son de tablas, de un solo piso, y abundan en ella las bodegas de cereales (pues la región, al Sur de Chile es eminentemente agrícola). Su situación, en una punta de la bahía de la Concepción, es deliciosa, y no hay en toda la costa del Pacífico más hermosa abra después de la tan famosa de San Francisco de California.

LAS CIRCUNSTANCIAS



REMIANDO una acción heroica, el general de la brigada impuso al cabo «Ardilla» la cruz de San Fernando.

Frente á él desfiló su batallón en columna de honor.

El hecho que originaba tan honrosa recompensa, hélo aquí:

Habíase roto el fuego entre las escuadras enemigas: la dotación del crucero donde prestaba sus servicios el cabo «Ardilla», ocupaba sus puestos; el comandante del buque dictaba sobre cubierta las disposiciones oportunas; el humo de la pólvora envolvía á los combatientes, haciéndoles aspirar un ambiente de gloria que enloquecía el

cerebro, y los frecuentes disparos de cañón repercutían en las nubes cuando se embisten en las recias tempestades.

Una granada enorme, roja como la sangre más pura, fué á caer ante un grupo de jefes y oficiales; aquellos bravos marinos permanecieron impassibles al contemplar la sombra de la muerte. Del pelotón formado por la infantería de marina se destacó un soldado, cualquiera, quizá no el más valiente, pero sí el más «vivo», el más sereno. Con decisión admirable quitó de la granada la espoleta, para regresar después á su puesto de combate tranquilo y sonriente.

Terminada la lucha, la oficialidad del crucero quiso conocer al héroe y estrechar su mano.

Se le propuso para una recompensa; tramitóse el expediente para el juicio contradictorio, y algunos meses más tarde se concedía al cabo «Ardilla» una patente de bravura con la cruz laureada de San Fernando.

—¿En qué piensas?—preguntóle el general viéndole meditabundo.—¿No estás satisfecho?

—Sí, mi general,—respondió el «Ardilla»,—pero no puedo sustraerme á ciertas reflexiones.

—¿Tienes alguna queja?

—No, mi general.

—Entonces...

—Perdone V. E. si la alta distinción de que he sido objeto trae á mi cerebro recuerdos de mi infancia y...

—¿Qué?

—Mi general!—respondió con tono indefinible.—¡Yo he ganado á centenares las cruces de San Fernando!

—¿Cómo!

—Como V. E. lo oye.

—Si no te explicas...

—Lo haré.

«Siendo un ehicuelo sin padres ni domicilio conocido, vime obligado á buscar el pan de cada día. La lucha por la existencia á tal edad requiere un corazón entero.

«Viví libre é independiente, desoyendo los consejos de los que aparentaban quererme y desobedeciendo las órdenes de cuantos se juzgaban con derecho á mandarme.

«Contra mi voluntad y el parecer de las eminencias médicas que prescriben el buen régimen en las comidas, dejaba transcurrir los días sin desayunarme, y otros, hacíalo á cualquiera hora, por la mañana ó por la tarde, de noche ó á la madrugada, pues, para mí, el tiempo era entonces un factor sin importancia y una majadería enorme entretenerse en medirlo por días, semanas, meses, etc., etc.

«No aceptaba otra división de esta índole que la de bueno ó mal tiempo, según el estado de mi estómago y descontando siempre el de la atmósfera.

—¿De qué vivías?—interrumpió el general.

—A eso voy,—repuso el «Ardilla».

Y después añadió:

—Establecí mi residencia habitual en la covacha de un desmonte, allá en Carabanchel, donde la artillería tiene establecido su campo de tiro; y en los días en que dicho Cuerpo se dedicaba á este ejercicio,



escondíame no lejos del blanco, saltaba sobre las granadas, y con la rapidez que entro mis compañeros de infortunio me valió el nombre de «Ardilla», arrancaba las espoletas para venderlas después y atender á las necesidades de mi estómago.

«¡Algunos camaradas,—añadió tristemente,—vi caer destrozados por la metralla!

«Digame V. E. si he mentido al afirmar que tengo muchas cruces de San Fernando ganadas en buena lid. Solo que en aquellos tiempos, cuando las autoridades me sorprendían realizando uno de estos actos de heroísmo, daban como premio á mi valor quince días de arresto, entre los ladrones de oficio, confundido con los criminales faltos de corazón y de conciencia...

Y al decir esto, el cabo «Ardilla» derramaba copiosas lágrimas.

Enternecido el general estrechó con fuerza entre sus brazos al infeliz soldado, en tanto que la luz crepuscular prestaba al grupo sus tonos melancólicos y proclamaba la grandeza de los principios democráticos...

JULIO R. PEDRE.

AMOROSA

Caminan silenciosas las estrellas,
no se siente un rumor, no se oye un roce,
¡procurad que la tierra no despierte!
¡se ha dormido en los brazos de la noche!

Las selvas mudas vigilando quedan,
prudente centinela es cada hoja,

y el monte al dormitar silencio pide
extendiendo sus brazos en la sombra.

¿Más quién llama? Sonido muy lejano
consigue despertar los corazones;
¡es la voz dulce de mi dulce amada
ó es el canto de alegres ruiseñores?

NARCISO DIAZ DE ESCOVA

PEPITORIA

BIBLIOTECA AZUL

Esta Biblioteca se publica por tomos en octavo menor de 200 á 300 páginas, con ricas cubiertas al cromó, y contiene las obras de los más insignes novelistas antiguos y modernos, pudiendo asegurarse que es la última palabra de la perfección y la economía. Todas las obras, traducidas con la mayor fidelidad y pulcritud aparecen íntegras, como el original.

Hasta ahora van publicados los siguientes tomos:

El asesinato del Puente Rojo, por Carlos Barbará.

Magdalen la Mendiga, por L. Jaccoliot.

El tesoro del pirata, por L. Stevenson.

El crimen del molino de Usor, por L. Jaccoliot.

Orso, por Enrique Syenkievitz.

El Hijo Maldito, por H. de Balzac.

Para pedidos dirigirse á la Administración de estas Bibliotecas, Plaza de Tetuán, 50, Barcelona.

RASGUEOS

I

Tú puedes decir serrana lo que aquel emperador que jamás en sus dominios conoció ponerse el sol.

II

Con el sol te comparé porque tienes morenita muchas más manchas que él.

III

Te quiero como el creyente ama á Dios, con trenesi; Dios agradecido salva y tú me pierdes á mí.

IV

En ti pobre Encarnación jamás hizo el vicio mella, cual la virtud eres fuerte ¡y tan vieja como ella!

V

No me doy ex-cta cuenta, y lo pienso de mil modos el por que llaman perdida á mujer que encuentran todos.

VI

Eres como la veleta que á pesar de que está fija nunca permanece quieta.

ANGEL MACÍAS

LA ASIPIRINA

¡Al diablo el salicilato de sosa y la quinina! Nada, por ahora, como la aspirina contra el reumatismo, puesto que no tiene los inconvenientes de aquellas dos drogas y en cambio posee todas sus ventajas, y más aun.

La aspirina ó ácido acetilsalicílico se administra á la dosis de dos á tres gramos, y determina pronto el descenso de la tensión circulatoria y de la temperatura, al par que hace desaparecer las manifestaciones dolorosas.

También se emplea para calmar los dolores de las neuralgias, el cáncer y la tuberculosis en cuyo caso se administra á las dosis de uno á dos gramos.

Por lo general, la aspirina produce una transpiración profusa que acentúa notablemente la acción antitérmica.

•••

Anda, chica, á la farmacia y no dejes de decir que el callicia que pido es el de LADIVONSIM.

OSTRA EL COSTIJO DE LA TUBERCULOSIS

Sabido es que en virtud de una reciente orden del Prefecto de Poli-

cía de París esté prohibido escupir en la vía pública. Por su parte la Comisión de las Escuelas Municipales de Berlín ha resuelto que se coloquen en las salas y corredores de las escuelas sendas escupideras de agua. Queda terminantemente prohibido escupir en el suelo. Además todo maestro ó discípulo afectado de los crónicos con expectoración deberá estar provisto de una escupidera de bolsillo, y en las crisis de tos deberá tener cuidado en tener un pañuelo delante de la boca.

La solución en el próximo número.

SOLUCION

al pasatiempo del número anterior

Charadísticos con acróstico:

1.		2.		3.	
CO	LA	MAR	MAR	CO	LA
ME	DIA	CO	CO	ME	DIA
A	YA	AN	AN	A	YA
PAR	CA	TO	TO	PAR	CA
E	VA	NI	NI	E	VA
ES	TE	O	O	ES	TE

HISTORIA CORTA

PERO SOSA

A PAJARO VERDE

V. J. J.

PORTERIA



Vive en la calle de la Montera
frente á la calle de Puencarral
la muchachita más hechicera
que haya nacido de una portera
y de un trompeta que es del Real



Y allí en la calle de la Cabeza
paseo tercero, número diez:
había un chico, nacido en choca,
que fué encargado de la limpieza
del renombrado Café del Pao.



Y ni la chica de la portera
ha visto al chico, porque no va,
ni por la calle de la Montera
se le ha ocurrido pasar siquiera
al que limpia dicho café

